

Solo el silencio rompe algún pastor  
que su rebaño guía,  
la honda que restalla  
y a la liebre despierta que dormía  
bajo una piedra de arabesca talla,  
y el andaluz y desgarrado canto  
que es entre las ruinas treno y llanto.

Recorta el cielo allende,  
de Almodóvar el gótico castillo.  
La fértil vega su llanura extiende.  
Cinta es el río de argentado brillo,  
y aun la Aljama a su cristal se asoma  
llorando a aquella Roma,  
trágica y señorial Medina Azahra  
con que solo la historia la compara.

*Vicente Orti Belmonte.*

---

## El pintor Francisco Pompey

---

Años 1908 y 1947. Han transcurrido casi cuarenta entre estas dos fechas. En la primera, fué cuando conocí e intimé con Pompey, en el ya famoso e histórico cenáculo del café de Levante, de la calle Arenal de Madrid. En la segunda, fué nuestro nuevo encuentro con ocasión que exponía en el salón Maravini, de la Carrera de San Jerónimo. Habíamos estado muchos años sin comunicarnos y alejados por caminos distintos de la vida. El marchó a Roma y después se estableció en París, y yo estudiante de Filosofía y Letras seguí la carrera del profesorado y la vida provinciana y el hogar fueron el término de aquellos años juveniles de dorada bohemia.

¡Café de Levante de la calle Arenal de Madrid! Hoy pasa por mi imaginación como un diorama aquella peña de literatos y artistas de la llamada generación del 98, entonces ya triunfante. El gran don

Ramón del Valle Inclán, era la figura que allí nos atraía. Su palabra, el oráculo, su figura barbada y su brazo amputado, despertaba la curiosidad de los profanos al arte que a aquél café concurrían.

Fuí llevado a aquella reunión, por Julio Romero de Torres, que acababa de triunfar en la última exposición, después de las tempestades de crítica que había levantado en las anteriores, con un cuadro «La Musa Gitana», obra de la que dijo en un cincelado soneto Belmonte y Müller, que era la belleza y la verdad desnuda. Yo tenía 20 años y Pompey la misma edad y a él me uní cohibido por aquel ambiente de hombres ya famosos que excitaban mi admiración.

Ricardo Baroja, me llamaba «el cordobés calladito». Allí concurrían entre otros que no recuerdo, el pintor Anselmo Miguel Nieto y la bella bailarina Tórtola Valencia, a quien por entonces le hacía un retrato Turina, cuando regresaba a Madrid de sus conciertos, Alejandro Sawa, Julio Antonio, Victorio Macho, José Capuz, Ortell y alguna que otra chica bohemia, de esas inteligentes, cultas y apasionadas por el arte y que gustan de amores con artistas, literatos y poetas.

Allí se discutía de arte, de pintura, de literatura, de política, de lo divino y humano, con acaloro, con pasión, con absoluta libertad de pensamiento; pero sin odios, sin esos odios que han creado las guerras civiles. El admirable terceto de Corvino y Anguita, después famoso, hacía callar unos minutos las discusiones para oír a Beethoven, a Schubert y a Wagner.

Nuestra vida entonces se deslizaba en aquel Madrid de la primera decena de mil novecientos, entre artistas, literatos, músicos y en el paraíso del Real, donde cantaban Tita Ruffo, Anselmi, La Pareto y la Storchio, y se ponía la tetralogía de Wagner y olvidando concurrir a la Universidad, donde aún quedaba algún resto de Krausismo y de los republicanos del 70, como Azcárate y el historiador Ortega y Rubio.

No olvido la salida a las tres de la mañana de aquel café de Levante y los paseos interminables por Madrid, con faroles de luz de gas, paseos que duraban hasta el amanecer en compañía de Julio Romero, don Ramón del Valle Inclán y algún que otro contertulio. No olvido las charlas inagotables de don Ramón, sobre estéticas artísticas, atrevidas, geniales, que a mí, siempre calladito y escuchando me deslumbraban como sus obras que hoy con tanto deleite vuelvo a leer.

Tampoco olvido dos visitas a que me llevó Julio Romero. Una, a

casa de don Ramón, y la otra, a la de los Barojas. Don Ramón acababa de casarse con Josefina Blanco, la sugestiva actriz de la compañía de María Guerrero y el nido de su luna de miel, no recuerdo en que calle, estaba recién formado. Nos recibió en una pequeña salita llena de lacas y porcelanas, recostado en un canapé con telas orientales y con sus largas barbas hasta el pecho y sus gafas de carey, me dió la impresión de una de esas terribles y antiguas estampas japonesas, impresión de ambiente japonés que acentuó la poca estatura y la exquisita cortesía de su Josefina de menudos pasitos.

La visita a los Barojas, fué en su casa madrileña de la calle de Mendizábal. Tenían obra y estaba todo revuelto en el comedor donde nos recibieron. El padre escribía cuartillas en un pico de la mesa. Todas las noches, después de cenar, nos dijo con su simpatía característica, continuaba una novela que había comenzado hacía años y de la que ya tenía unos cuantos millares de cuartillas. Pio, se marchó enseguida. Carmen, la hermana, de hermoso tipo vasco, nos enseñó primorosas arquetas románico-bizantinas, construídas por ella, y para la fabricación de los esmaltes estaban haciendo un horno en la casa. Ricardo, habló mucho de primitivos, de técnicas de colores a la albúmina que ensayaba, de aceites para óleos, refinados a la luz solar y un cuadro suyo empezado estaba en el comedor sobre un caballete.

Este fué el ambiente que en Madrid formó a Francisco Pompey y por eso lo evoco en este artículo arqueta de mis recuerdos. Después de la exposición de sus obras en el salón Maravini, el año 47, nos hemos visto estos últimos veranos en Santander, donde ha organizado, mejor dicho, creado el ya interesante Museo de pintura, de aquella ciudad, aprovechando y restaurando con mano maestra una colección de cuadros, arrumbados en el edificio de la Biblioteca de Menéndez Pelayo y en el local del Ayuntamiento, luchando con las mezquindades oficiales y los antagonismos entre artistas.

Allí ha hecho surgir como por obra de magia un bonito museo, entre cuyos fondos menciono principalmente un Zurbarán, un Goya, Maellas, Luis Tristán, Orrentes, un Valdés Leal y una colección de preciosos cobres, seguramente del taller de Rubens y obras modernas, entre otras de Zuabiaurre, Solana, Riancho y Casimiro Sainz.

Francisco Pompey, acaba de publicar su última obra. Un estudio sobre Zurbarán en que recoge cuanto se ha dicho sobre esta gran figura de la pintura española del siglo XVII y analiza sus obras como

pintor que conoce las técnicas y como crítico de arte. Con anterioridad ha publicado un libro sobre Goya, una Guía Gráfica y Espiritual del Museo del Prado, de la cual se han hecho cuatro ediciones y otra sobre el Museo de Arte Moderno, de Madrid, muchas de sus obras y artículos han sido traducidos al francés y recordamos siempre los publicados en la antigua Revista de Bellas Artes, de la que fué director.

La exposición en Madrid del 47 a que me he referido antes, fué un éxito y allí pudimos admirar sus paisajes urbanos de ciudades, que él llama «Estampas de viajes por Europa», de Italia, Alemania, Praga, de Francia su «Poema del viejo Paris», de España, Toledo, Madrid y Santander. En la actualidad prepara sus memorias de treinta años en Paris, en que ha convivido con el más interesante grupo de pintores y poetas de estos últimos sesenta años.

En las tardes montañosas de doradas nieblas estivales, por caminos sombreados de pinos y divisando en las revueitas, cántabros golfos de risueñas aguas verdosas, hemos paseado añorando aquél Madrid de nuestra juventud y de Emilio Carrere y nuestras opiniones sobre el nuevo arte, sobre la nueva poesía, han coincidido. Solo vemos estravíos del gusto, prosas a que llaman versos, gritos histéricos de impotencia por hacer algo original que no surge ni podrá surgir de esas modalidades y que un insincero grupo de corifeos aplaude ante un público que escucha sorprendido con las manos abiertas y sin atreverse a hacer sonar la palmada porque nada entiende. La poesía actual, como ha dicho Cosío en una crítica sobre una obra de la poetisa Carmen Conde, no tiene más público que el de los jóvenes poetas de esas tendencias.

No existe actualmente una sola figura en arte, en literatura, en pintura, en erudición, que supere a los de la llamada generación del 98, de grandes políticos, de grandes poetas, literatos y artistas, amantes de España, de la libertad y del arte por el arte. El genial Marañón, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Astrana Marín, son entre otros los ya viejos continuadores y nosotros los hijos del final de aquel glorioso siglo XIX, tenemos el absoluto convencimiento, aunque hoy los nietos pretendan desmentirlo, que esas figuras quedaran como hitos luminosos de ese amado periodo de nuestra historia.

*Vicente Orti Belmonte.*

Septiembre 1949.